

desarrollo interviene los Estados. Dos de los países que mejor han proyectado su visión mediterránea a Brusela han sido Francia con un gran peso histórico y España con una mejor posición tras la entrada en la Comunidad Europea. Por la situación geográfica de ambos, por su anterior presencia en la región, por los intereses económicos compartidos y la dependencia energéticas que ambos países tienen, hacen que marquen la pauta de las relaciones entre ambas orillas y que su colaboración sea una dinámica habitual con momentos de cierta competitividad. El autor hace un pequeño recorrido histórico de las contribuciones de ambos países desde la creación de la Comunidad Europea y un análisis de las dinámicas de cooperación y de competición que a lo largo de las décadas se han ido produciendo, constatando que en los períodos en que ambos países han estado coordinado y colaborado las políticas mediterráneas han salido favorecidas.

Las agendas de las relaciones internacionales en el Mediterráneo han sufrido cambios significativos con los atentados del 11 de septiembre y la actual crisis económica. En este contexto se trata de analizar algunas de las iniciativas multilaterales llevadas a cabo en el ámbito del diálogo cultural y humano y el papel de las instituciones y programas en la búsqueda de instrumentos coherentes de cooperación. Se trata de buscar una coherencia regional y para ello se destacan iniciativas que favorecen tal enfoque como la Alianza de Civilizaciones, el Enfoque Global sobre Migraciones, el diálogo 5+5, la Fundación Anna Lindh entre otras. La existencia de estas diversas iniciativas Euromediterráneas marca una hoja de ruta que debe dar respuesta a los retos planteados en el nuevo entorno globalizado.

El siglo XXI trae nuevos retos y desafíos que superar en la arquitectura institucional en el Mediterráneo. Se precisa pues aprender del camino recorrido en las iniciativas de cooperación emprendidas. Esta obra es un aporte conceptual de las contribuciones teóricas sobre la cooperación internacional en general y del regionalismo en particular. Para que se produzca una mejor cooperación ha de haber un nivel mínimo de intereses comunes y que se supere el bajo rendimiento de los procesos de cooperación en la cuenca mediterránea se han de superar la falta de regímenes democráticos de la orilla sur y los flujos de transacción muy asimétricos, pues ello dificulta la creación y consolidación de

instituciones regionales. La falta de coherencia interna del Mediterráneo y su relevancia económica y política en las relaciones internacionales explican la presencia de actores externos en la zona y la alta duplicidad de iniciativas. Así pues es preciso el análisis y valoración del estado de las relaciones y de la cooperación entre las dos orillas del Mediterráneo y a ello contribuye trabajos como el que estamos comentando dada la necesidad para ambas orillas de desarrollar y mantener relaciones fructíferas y mutuamente beneficiosas.

Carrillo, Santiago, *Mi testamento político*. Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 2012, 368 pp.

Por David Jorge
(Universidad Complutense de Madrid)

El libro póstumo del histórico dirigente comunista Santiago Carrillo no fue concebido como tal, si bien sí como su última obra, dada la situación próxima a la ceguera a la que había llegado durante sus últimos meses de vida. De ahí el título del trabajo, acordado con la editorial desde el primer momento y, por lo tanto, ajeno a las eventualidades de los meses siguientes. El texto original -cuya redacción supervisó como siempre su esposa Carmen, incansable colaboradora desde casi siete décadas atrás- se inició en el mes de noviembre de 2011, y si bien las primeras pruebas fueron enviadas a la editorial el pasado verano, todavía no estaba concluido cuando expiró su vida el 18 de septiembre último.

¿Qué se puede esperar de un nuevo libro de alguien extraordinariamente prolífico en publicaciones desde su abandono de la vida política activa? Pues un *testamento*, tan *histórico* como *político*, verdaderamente interesante por diferentes motivos, empezando por un marcado tono de confidencialidad que llama la atención y que se une a la excelente técnica narrativa habitual en un político que, antes de serlo, ejerció como periodista cubriendo los debates parlamentarios durante las Cortes Constituyentes de la II República. Nada parecido a una versión reducida y actualizada de sus *Memorias*. En esta ocasión, si bien se sigue igualmente un orden cronológico, se apostó por la combinación de reflexiones personales en torno a diferentes períodos históricos vividos en primera persona -ya fuese con mayor o menor implicación directa- con una selección de semblanzas de personajes históricos. La obra parte de la caída

de la Monarquía de Alfonso XIII y la proclamación de la II República, “una esperanza, frustrada, de modernización de España”. Le siguen octubre de 1934, la guerra, el exilio y la transición, hasta desembocar en la actualidad... y más allá, dado que el autor dejó este mundo convencido de que “el futuro ha comenzado”.

En lo referente a las semblanzas, no hay absolución posible para José Antonio Primo de Rivera, José María Gil-Robles, Francisco Franco o don Juan de Borbón. No resulta de extrañar. Pero tampoco hay piedad hacia una figura como Julián Besteiro, convertida en *intocable* por razones que escapan a los hechos históricos. A Manuel Azaña e Indalecio Prieto se les reconocen sus indudables cualidades, fundamentalmente al primero como hombre de pensamiento y al segundo como hombre de acción. No obstante, no se ocultan los graves errores históricos cometidos por ambos: Azaña minusvaloró con soberbia las advertencias golpistas, lo que motivó que la República tuviese que afrontar la guerra con el pie cambiado desde el primer momento, y trató de enmendar su error con vanos planes de mediación internacional que estaban condenados de antemano dado que Franco no estaba dispuesto a avenirse a negociaciones de ningún tipo; tal actitud complicó mucho las cosas a la resistencia funcional propugnada por el Gobierno Negrín de cara a enlazar con una nueva contienda mundial que ya se anunciaba inminente. Prieto, por su parte, hizo añicos la imprescindible unidad republicana en los primeros tiempos del exilio, cuando el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial permitía soñar con el derrocamiento del régimen de Franco y la restauración de la democracia en España. El líder socialista se afanó en apartar de la dirección del exilio a Negrín, todavía presidente del Gobierno de la República y con importantes contactos entre los Aliados susceptibles de ayudar en la restauración republicana, así como a los comunistas, el grupo político más activo y organizado entre los exiliados. En cambio, sí se avino Prieto a negociaciones con Gil-Robles de cara a acercar posturas en torno a la figura de don Juan, quien mientras tanto se embarcaba con Franco pactando el envío de su hijo a España. “Me han puesto unos cuernos que no me permiten salir por esa puerta”, lamentó resignado Prieto nada más conocer dicho encuentro.

Para Francisco Largo Caballero, de quien el joven Carrillo fue destacado *delfín*, hay un cierto indulto por los grandes errores cometidos a su juicio. Se narra sin ambages el proceso de caída del referente que hasta entonces representaba el viejo líder socialista y sindical, pero se rescata asimismo su traumática experiencia en el campo de concentración nazi de Oranienburg. Desde entonces, abogó desde un modesto segundo plano por la unidad en la lucha por la recuperación de las libertades en España. Se trata de uno de los perfiles de mayor interés y ecuanimidad.

Llegado este punto, se echa en falta una semblanza del padre del autor y hombre de confianza de Largo Caballero: Wenceslao Carrillo. Tampoco en sus anteriores publicaciones le dedicó nunca el protagonismo que tuvo en vida, tanto en el seno de la UGT como del PSOE. Si bien su figura acabó volviéndose difusa y reducida las más de las veces a la mera categoría de *el padre de Carrillo*, conviene tener presente que durante muchos años se conoció de forma común a Santiago precisamente como *el hijo de Carrillo*. Tal ausencia se debe, no cabe duda, a lo dolorosa que fue la ruptura de la hasta entonces estrechísima relación paterno-filial a raíz del golpe del coronel Casado durante el final de la guerra. Una relación que sólo se reinició casi dos décadas más tarde, en la recta final de la vida del padre.

Para aquellos lectores cuyo interés en la compleja figura histórica del autor se limite al sensacionalismo de la represión en el campo republicano durante la guerra, tienen también unas gotas de interés las páginas aquí tratadas: hay un capítulo dedicado a *Paracuellos*. En él se aportan nuevas pistas y constituye la mayor profundización (pública) de Santiago Carrillo sobre el tema. No obstante, el lector deberá saber leer entre líneas y estar puesto en rigurosos antecedentes si quiere extraer nuevas conclusiones sobre un aspecto que ha concentrado el interés de historiadores, propagandistas, periodistas y buena parte de los españoles de a pie, pero que en muy contadas ocasiones ha sido tratado con un mínimo del rigor necesario. Si bien Carrillo no ha dejado escrito todo cuanto sabía -se omiten deliberadamente importantes nombres y gestiones de las que sí tuvo conocimiento-, su nueva aportación se ajusta a la realidad en una

medida mucho mayor que las versiones publicadas hasta ahora.

Quien mejor parado sale de entre aquellos que no fueron *camaradas* dentro del PCE es, con diferencia, un Juan Negrín cuya figura, tras ser vilipendiada y luego olvidada durante décadas, se ha venido reubicando en un lugar más justo durante los últimos años en base a rigurosos trabajos historiográficos. Desfilan también por las páginas dirigentes comunistas españoles (*Pasionaria*, Díaz, Claudín y Semprún, en lo que resulta una selección nada casual) y extranjeros (Tito, Ho Chi Minh y Fidel Castro, además de unas líneas sobre Stalin dentro de las páginas dedicadas a la experiencia soviética). Finalmente aparecen protagonistas de la Transición: retratos positivos (Suárez, Tierno Galván, Guerra) se combinan con otros más agrios (Fraga, Felipe González), si bien con puntuales píldoras edulcorantes. El último lugar se reserva para el actual monarca, de quien se aplaude su decisión en el tránsito de la dictadura a la democracia, al renunciar al poder omnímodo heredado del franquismo para depositarlo en el pueblo. Desde la Transición hasta el final de sus días, Carrillo fue sin duda el mejor embajador del *juancarlismo* entre los republicanos españoles.

Al período de la Transición se dedica una parte importante del libro. La subjetividad inevitable en el autor, indiscutiblemente uno de los grandes actores del proceso y por lo tanto *juez y parte*, no impide una lúcida interpretación. No considerando la Transición como un modelo a exportar –tal y como sí han insistido muchos otros para, además de otros fines políticos, tratar de que la opinión pública confundiese amnistía con amnesia–, sí la interpreta como la única salida posible en aquel momento de cara a devolver la soberanía al pueblo español con la participación de todas las fuerzas políticas del país, incluido un PCE cuya integración en el incipiente juego político parlamentario no estaba ni mucho menos garantizada. Viene a concluir Carrillo que los vicios de la democracia actual quizás no deban caer tanto en la cuenta de los años de difíciles equilibrios que siguieron a la muerte de Franco, sino más bien en los siguientes casi catorce años de gobierno socialista en una coyuntura política, económica y social favorable y más susceptible, por lo tanto, de admitir una evolución del sistema y una mayor normalización de diferentes aspectos de la vida del país. Se trata de un análisis sobre el que no se ha insistido mucho hasta el momento, cayéndose por lo general en la crítica

o la exaltación, en ambos casos apasionadas, del período comprendido entre 1975 y 1982. Como en tantas ocasiones, la realidad histórica se halla en un punto más complejo y alejado de reduccionismos, siempre conducidos por la ideología en lugar de por la desapasionada reflexión analítica.

Los epígrafes finales se dirigen tanto a la más estricta actualidad como al futuro. Reconoce la época actual como una de las “más confusas que he conocido en mi ya larga vida” y la compara con la Europa de los años treinta, con “una atmósfera en la que flota, como elemento dominante, el temor”. Sin duda estaría de acuerdo con la profundización en torno al papel del miedo en tiempos de crisis que hace Helen Graham, la más incisiva analista entre los hispanistas contemporáneos, en su reciente libro *The War and its Shadow: Spain's Civil War in Europe's Long Twentieth Century*, no publicado en España, pero que cabe esperar se haga pronto debido a la importancia y vigencia de sus aportaciones.

Tras preguntarse si la situación actual refleja una nueva crisis del capitalismo o si más bien se trata de hacer triunfar las teorías de los economistas de la Escuela de Chicago, insertadas en la arena política por Reagan y Thatcher, se pregunta si no estaremos “ante la reaparición de algo muy semejante a lo que representaron los fascismos del siglo XX, más sutil, más hipócrita y por tanto más peligroso que aquello”. Sólo queda, afirma, “decidimos a dar las batallas necesarias para impedir los retrocesos de más de un siglo que nos preparan las clases dominantes en el sistema capitalista actual”. Por todo ello, confiaba en que su última aportación no defraudase a sus “posibles lectores, *los viejos camaradas* y las nuevas generaciones de jóvenes en cuyas manos reside no ya nuestro problemático futuro sino un presente que hoy no es como nosotros quisimos que fuese”. Y, por los diversos motivos ya expuestos, la presente obra está lejos de defraudar, ya sea a aquellos que se interesen por el siglo pasado como a quienes que lo hagan por el convulso momento presente o el siempre incierto e imprevisible futuro.